



La ilusión

El fracaso de la Alianza
visto por dentro

Editorial Sudamericana

Para evitar una fuerte exposición de Álvarez ante los medios después de la derrota, organizamos junto a Auyero una visita a nuestros colegas chilenos. Viajamos los tres. Recuerdo que, en una de las reuniones en la Fundación "Chile XXI", usina del pensamiento socialista, preguntamos cómo se había logrado la Concertación chilena. La respuesta fue "días y días de conversación y mucha, mucha paciencia". Me quedó claro que hablaban, sobre todo, de la constancia y tenacidad de los partidos que la integraban para mantener unida a la coalición y para encontrar los caminos para institucionalizarla como tal, es decir, hallar métodos consensuados para la distribución del poder, para establecer un programa de gobierno y resolver las diferencias. Como siempre que me adentraba en la experiencia chilena, veía surgir ejemplos valiosos que podíamos extraer para adaptarlos a nuestras circunstancias. Por desgracia fue un anhelo de Auyero y mío nunca cumplido.

Las elecciones presidenciales de 1995

Con nuestra fórmula presidencial constituida nos abocamos a la campaña para las elecciones del 14 de mayo de 1995. Arrancamos con apreciable energía como subproducto de la movilización y el impacto público producido por el comicio interno. Durante los dos meses y medio que duró la campaña fuimos ascendiendo sin pausa en la intención de voto con una declinación hacia el final. Nuestros dos candidatos debieron prodigarse recorriendo todo el país; aun así, ante la imposibilidad de Chacho y Bordón de asistir a algunas regiones, otros dirigentes tuvimos que representarlos. En lo personal me tocó llevar adelante la campaña en la Patagonia Central. También cumplí con el mandato de Álvarez de unificar fuerzas y articular acciones en el Congreso Nacional con los diputados socialistas y con aquellos que se habían pasado al Frepaso junto con Bordón. La campaña se transformó en una oportunidad de ampliar nuestro desarrollo territorial y atraer a dirigentes del interior del país. Aun-

que siempre estuvimos débiles en este aspecto, pasamos de la nada paupérrima a ver activarse brotes frepasistas aquí y allá, distribuidos por las principales ciudades.

En cuanto al vínculo interno de los integrantes del binomio presidencial nunca logró desarrollarse entre ellos una relación con reglas de juego claras que cimentaran la confianza. Esto era el resultado natural del estado de competencia latente por la conducción futura de la coalición. La interna no la había resuelto y, según pensábamos muchos en el Frente Grande, un hipotético liderazgo de Bordón podía llevarnos a seguir el camino, a la corta o a la larga, de otras terceras fuerzas surgidas en los años ochenta —el Partido Intransigente desde la izquierda y la Unión de Centro Democrático desde la derecha— que habían terminado desmembradas y absorbidas por el peronismo. Conjeturábamos que un escenario de debilitamiento del menemismo que abriera la puerta a un cambio de paradigma —como de hecho ocurrió tres años más tarde— podía constituirse en el puente de plata para que Bordón volviera al PJ con el nuevo paradigma ya desarrollado y llave en mano.²⁸ En cambio si bien el Frente Grande era flexible y abierto, estaba marcado desde su nacimiento por la ambición de constituirse en alternativa real al bipartidismo. Además teníamos con Bordón algunas diferencias ideológicas menores pero que en un contexto de competencia se agrandaban. De hecho ya se habían manifestado en la interna, a raíz de unas declaraciones de Chacho a un diario brasileño, explicando que él era de centroizquierda en tanto le adjudicaba a Pilo la representación de la centroderecha. Hubo un entredicho al respecto en el cual Álvarez tuvo que moderar el alcance de esa expresión.

Las situaciones internas irresueltas no interfirieron en el éxito de la fórmula Bordón-Álvarez, que se construyó a expensas de los votos que en otras circunstancias habrían engrosado las cifras radicales. El Pacto de Olivos sumado al surgimiento de nuestra fuerza con un programa plausible, fue una combinación lapidaria para las posibilidades de la UCR. Lanzada a pleno la campaña, las encuestas más serias marcaron desde el inicio el avance del Frepaso como segunda fuerza y el retroceso

pronunciado del radicalismo al tercer lugar, por primera vez en sus cien años de historia. La de 1995 fue una elección en la cual los pronósticos electorales tuvieron un alto grado de acierto y marcaron la tendencia real de lo que estaba sucediendo en la mente del electorado.

El día de la verdad, el domingo 14 de mayo, Menem ganó por veinte puntos porcentuales de diferencia sobre Bordón-Álvarez, un triunfo contundente que consolidó su gobierno.²⁹ Sin embargo para nosotros y para los observadores políticos, el resultado de la elección fue vivido e interpretado, también, como un gran desempeño del Frepaso, ya que aparecía como la fuerza emergente con capacidad de cambiar los excesos ultraliberales del menemismo, desplazando a la UCR a un lejano tercer lugar. Como bien se ha dicho en numerosos análisis de esta elección, en el resultado final pesó el llamado voto-cuota, el de los tomadores de créditos en dólares —el éxito de la convertibilidad había derivado en un notable aumento del consumo en los rubros de electrodomésticos, automóviles y departamentos— quienes, si bien podían sentirse más identificados con nosotros que con el gobierno, sentían un irrefrenable temor a cualquier cambio que pusiera en riesgo la paridad peso-dólar.³⁰

Pese a la amplitud del resultado final, los estrategias menemistas habían tenido serios motivos para preocuparse durante el transcurso de la campaña. Cuatro o cinco semanas antes del comicio los guarismos de las encuestas principales adjudicaban, en promedio, una intención de voto para el PJ del 42/43 por ciento, para el Frepaso del 27/28 por ciento y para la UCR alrededor del 15 por ciento.³¹ Por lo tanto los sondeos indicaban que la segunda vuelta estaba al alcance del Frepaso a una distancia de cuatro o cinco puntos porcentuales que se corrieran a favor de nuestra fórmula.³² Fue éste un punto de inflexión en la campaña en el cual pasó a tener lugar protagónico un sentimiento conservador en el electorado expresado, reitero, en el voto-cuota que fue inclinando la balanza a favor del gobierno nacional.

De todas maneras los cinco millones de votos obtenidos significaron un notable salto de calidad de nuestra fuerza y un debut inmejorable para el Frepaso. Asimismo habíamos ob-

tenido un buen triunfo en la Capital Federal, distrito al que, a la luz de la evidencia, representábamos con creciente sintonía fina, pero que, una vez más, contrastaba con nuestras considerables limitaciones en el resto del país. La composición de la Cámara de Diputados resultante de la elección podía leerse como el termómetro de nuestro éxito o, al mismo tiempo, como la medida de todo lo que nos faltaba recorrer: el PJ tenía ahora el 51,2 por ciento de las bancas, la UCR seguía segunda con el 27,7 por ciento y el Frepaso era la tercera bancada con 11,3 por ciento. Habíamos doblado con holgura nuestro bloque —sumamos 16 nuevos legisladores— pero sólo llegábamos a 29 diputados sobre un total de 257. La realidad era que la UCR seguía siendo una fuerza considerable que desmentía los veloces pronósticos de defunción que le cayeron encima. Más allá del rotundo fracaso de su fórmula presidencial, los radicales tenían a su cargo la administración de centenares de intendencias y varias gobernaciones. El Frepaso era el caso opuesto: un formidable éxito electoral pero no administrábamos intendencias ni gobernaciones, salvo el aislado triunfo de los socialistas en Rosario. El ingreso de Bordón en el Frepaso, como el de Chacho en su momento, no había arrastrado estructuras del PJ dignas de tal nombre. En todo caso, si se quiere, Álvarez había atraído organizaciones de ese origen más importantes, como la Asociación de Trabajadores del Estado (ATE) y la Central de Trabajadores Argentinos (CTA). El aporte de Pilo consistía más bien en el acertado manejo de su propia imagen y en una pequeña pero eficiente estructura de cuadros políticos.

El resto de ese importante año para el Frepaso, estuvo signado por la soterrada disputa por el liderazgo de la fuerza entre Bordón y Álvarez y por nuevas elecciones en las que estaba en juego una senaduría por la Capital Federal. La cuestión del liderazgo adquirió la forma de una batalla de posiciones, similar a esas partidas de ajedrez en las que no hay una agresividad evidente, pero no obstante los contendientes van maniobrando para colocarse en la mejor situación con vistas al final del juego. En tanto, la elección del senador por la Capital ad-

quiría una gran relevancia para nosotros porque era el distrito en el que teníamos que revalidar nuestro incipiente liderazgo.

La senaduría de la Capital

La nueva Constitución de 1994 había establecido la elección de un tercer senador por distrito. Además, en el caso de la Capital Federal, la reforma constitucional había dispuesto la elección directa del jefe de Gobierno y la instalación de un gobierno autónomo. Hasta entonces el intendente era designado por el presidente de la nación. Esta significativa novedad fue uno de los aspectos positivos del Pacto de Olivos ya que la ciudad de Buenos Aires era el único distrito del país en el cual sus habitantes no podían elegir por sí mismos a las autoridades que lo gobernaban. Esta decisión implicaba la redacción de un Estatuto —o Constitución— que organizara las instituciones fundamentales de la ciudad autónoma. Era necesario entonces elegir estatuyentes para cumplir el mandato constitucional. Por lo tanto, se avecinaba en lo inmediato una triple elección en la ciudad de Buenos Aires: la del tercer senador, la de jefe de Gobierno y la de estatuyentes.

En cuanto Menem fue reelecto se abocó a armar su estrategia con vistas a estas elecciones en la Capital. Había hecho una buena elección en la ciudad en mayo, pero el panorama probable que tenía por delante era que la oposición alcanzaría la jefatura de Gobierno ya sea a través del Frepaso, con un candidato todavía incierto o a través de la UCR con De la Rúa, su carta más fuerte y no comprometida con el Pacto de Olivos. Ese eventual triunfo arrastraría los otros puestos en juego, la senaduría y los estatuyentes. Para aumentar las chances del oficialismo decidió desdoblar el comicio: en octubre de 1995 se realizarían las elecciones por el tercer senador de la Capital y en junio del año siguiente la de jefe de Gobierno y estatuyentes. Como candidato a senador por el PJ designó a Erman González, una propuesta fuerte ya que oficiaba como una suerte de delegado personal de Menem y contaba a su favor con el antece-

Las causas de la derrota

Al final de la campaña las encuestas se habían volcado a favor de De la Rúa por un margen de 8 a 10 puntos porcentuales. No tuvimos respuestas eficaces para revertir esta tendencia. Creo que el mayor error de mi discurso fue criticar a mi adversario por previsible, en un intento de atacar por algún flanco su rigidez y su falta de creatividad política. Sin embargo, la previsibilidad era el atributo exacto que la gente quería encontrar en nosotros. De cualquier manera la orientación de la campaña del Frepaso sólo tuvo un papel marginal en la derrota que sufrimos en la interna de la Alianza. Compitiendo con el socio las posibilidades de diferenciación eran muy acotadas y no era mucho lo que el discurso podía aportar para cambiar la tendencia. Tampoco podía camuflar mi identidad política y perder credibilidad asumiendo una posición más conservadora por intentar retacearle a mi rival votos de ese segmento. Y por supuesto no podía endurecer mi posición hacia la izquierda porque los resultados hubieran sido aún peores.

Sin duda fueron más importantes las cuestiones de logística que las de discurso, tales como la insuficiencia de fiscales en el interior para garantizar el conteo de los votos.⁸⁰ Pero más allá de estas carencias materiales, nuestra falencia esencial hay que encontrarla más bien en la logística espiritual de la campaña, es decir en su falta de energía y convencimiento, provocada por la espera de muchos de nuestros dirigentes de un arreglo de consenso con los radicales que los incluyera individualmente en la lista de beneficiarios. Así se perdió la capacidad de lucha indispensable para enfrentar una batalla electoral difícil pero asequible.

Hubo otras causas que también contribuyeron a la derrota y, aunque no puedo cuantificar su incidencia, hicieron un importante aporte a nuestro fracaso. Entre las principales —emparentadas con la anomia espiritual antes mencionada— se destacan las operaciones mediáticas motorizadas por Chacho y Alfonsín para hacer caer la interna y presentar una fórmula

de consenso que, a esa altura, era claro para la opinión pública se resumía en resignar el primer término de la fórmula presidencial a manos de De la Rúa, integrar a Chacho como segundo del binomio y yo como candidata a gobernadora en la provincia de Buenos Aires. Estas dudas sobre la interna y sobre mi propio papel erosionaron sin pausa nuestra candidatura, en este caso ya no en la mente de los dirigentes sino en el ánimo de los votantes.

También planteó grandes interrogantes el número de quienes se acercaron a votar. Pudieron emitir el sufragio dos millones doscientas mil personas, aunque las estimaciones previas de las encuestadoras oscilaban en un pronóstico de participación que iba de un piso de tres millones de votantes hasta un máximo de cuatro millones o más. En la medida que aumentara la participación crecían mis posibilidades.⁸¹ El día de la elección se registraron numerosas anomalías con el padrón que impidió votar a una cantidad muy importante de personas que distintos observadores estimaron en varios cientos de miles de ciudadanos. La irregularidad fue denunciada por ambas fuerzas⁸² pero sin duda tuvo un solo damnificado: el Frepaso.

Por último también fue motivo de especulaciones la participación de otras fuerzas políticas en apoyo de De la Rúa. Públicamente se conoció la recomendación de UPCN filial Rosario para que los empleados públicos votaran por la candidatura del representante radical. Eduardo Duhalde hizo explícito su deseo de que triunfara De la Rúa ya que juzgaba más fácil vencerlo en la elección general. La estrategia del caudillo bonaerense era colocarse, con un discurso antimodelo, a la izquierda de su contrincante, esquema que mi candidatura hubiera inutilizado.

La victoria de De la Rúa y la UCR

El 29 de noviembre de 1998, ante los votos, el resultado fue catastrófico para mí y para el Frepaso. De la Rúa nos ganó por

insalvables para asociarnos con De la Rúa y la UCR en una coalición de gobierno.

Por eso en mi opinión, descubrir, como hace Chacho ahora,¹⁰² que De la Rúa era un político conservador en lugar del moderado que se había imaginado, es, cuanto menos, de una inconsistencia política absoluta, un abuso de la retórica y, sobre todo, no es cierto. Chacho, como todos nosotros, conocía muy bien la trayectoria de De la Rúa desde tres décadas atrás. Podemos hacer muchas críticas a De la Rúa, menos aducir que nos engañó o simuló ser quien no era. Creo que la única oportunidad en la que De la Rúa estuvo a la izquierda de un competidor electoral fue en 1973 cuando ganó la senaduría por la Capital Federal sobre el candidato peronista, el nacionalista de derecha Marcelo Sánchez Sorondo. Pero a nadie se le escapaba que De la Rúa representaba el ala más conservadora del radicalismo. No sólo fue consecuente con esa postura en toda su trayectoria, sino que fue su máxima expresión.

Ser fagocitados o no

En cambio el gran tema estratégico interno para el Frepaso no era tanto la ideología de De la Rúa, como dilucidar si la alianza con el radicalismo nos facilitaría, o no, la construcción de un partido sólido y arraigado en los ciudadanos. A diferencia de nuestros homólogos en Chile —el Partido Socialista— y en Brasil —el Partido de los Trabajadores—, el Frepaso no tenía una estructura desarrollada en el territorio. Como ya vimos, la historia dice que nos inclinamos por el intento de edificar nuestro futuro aliados con la UCR y ejerciendo el gobierno.

En su momento esta decisión provocó muchos recelos que invocaban el problema eventual de ser fagocitados por la estructura de la UCR. Seguiríamos así un destino calcado del que había sufrido el Partido Intransigente (PI) —en este caso en la órbita del PJ— en los primeros años de la década de 1980. Era una prevención fundada pero había importantes diferencias. En primer lugar, la experiencia del PI no había pasado en vano

y tomamos debida nota de ella. Luego —haciendo abstracción de las batallas cotidianas que mantuvimos en el seno de la Alianza—, los genes radicales estaban más apegados a las formas republicanas que los justicialistas. La idiosincrasia de nuestro aliado, la UCR, era la de un partido clásico alejado del movimientismo (salvo el breve sueño de Alfonsín, en 1983, de crear el tercer movimiento histórico) y de la cooptación de otras fuerzas políticas. Así la identidad profunda de la UCR actúa de límite natural a eventuales tendencias hegemónicas. Por otra parte, ya habíamos pasado por una elección presidencial (1995) en la que el Frepaso obtuvo casi cinco millones de votos y, por lo tanto, no éramos una promesa política sino una realidad que buscaba consolidarse definitivamente. Queríamos constituirnos en una verdadera opción de centroizquierda, dentro del sistema. Teníamos real vocación de poder y aspirábamos a modificar el absolutismo de mercado que se había impuesto en la Argentina. Para ello el desafío que teníamos por delante era dejar de ser un partido de oposición meramente testimonial, exitoso en esa función, pero que no terminaba de convencer al electorado a la hora de votar por cargos ejecutivos. Nos proponíamos ser alternativa seria de poder en la permanente construcción de la democracia. Tanto la salida del gobierno de Raúl Alfonsín como, posteriormente, el propio final de nuestro gobierno dejaron bien en claro cuán necesaria es la existencia de una oposición sólida para la imprescindible gobernabilidad de un país.

Sobre este punto tenemos el deber de reconocer que la alianza con De la Rúa nos agregó atributos positivos, ya que despejaba fantasías y temores del tipo “patear el tablero” —alimentados con esmero por los sectores de la derecha vernácula— que generan las fuerzas de izquierda como la nuestra. De la Rúa convencía a los votantes de que seríamos previsibles y moderados.

Al cabo primó una visión positiva en nuestras filas y las prevenciones quedaron de lado: la mayor parte de nuestros cuadros políticos y de los analistas tuvieron una visión favorable de la Alianza y apostaron a que nuestra participación gene-

raría una revitalización de las prácticas y de las ideas políticas. En lo interno, disputar el poder y enfrentar la tarea de gobierno fueron considerados como los pasos necesarios para cruzar la frontera que separa las meras opiniones de las transformaciones reales. Conjeturábamos que una gestión que pudiera mostrar más éxitos que fracasos nos fortalecería como partido y como alternativa para el futuro inmediato.

Por eso, al momento de asumir el Gobierno, en nuestro ánimo predominaba una visión esperanzada por la etapa que se avecinaba, aun en medio de las negociaciones de rigor para conformar el equipo de gobierno.

El armado del gabinete

Ya se ha hecho una tradición en la Argentina —no sé si lo mismo ocurre en otros países— que luego de triunfar en las elecciones presidenciales la fórmula ganadora suele concentrarse en un hotel para poder afrontar con comodidad, los días de innumerables e intensas gestiones, entrevistas y reuniones que demanda la conformación de un equipo de gobierno completo. Nosotros, siguiendo la costumbre, nos instalamos en el céntrico Hotel Panamericano sobre la Avenida 9 de Julio de la Capital Federal, que Raúl Alfonsín había utilizado con idéntico propósito en 1983. Allí Chacho y el Frepaso disponíamos de un piso y De la Rúa y sus colaboradores de otro.

En esas ajetreadas jornadas del Panamericano, fue Chacho quien concentró en sí toda la responsabilidad de la negociación con la UCR. Designó como gran operador a Alberto Flamarique, quien de esa manera llevaba adelante la primera línea de negociación con los radicales, actuando como su mano derecha. Poco después también sumó a Rodolfo Rodil a esa tarea. El resto de los dirigentes del Frepaso no teníamos mayores posibilidades de intervención en las tratativas. Fiel a su estilo de conducción, Chacho dejaba hacer, dando sólo algunas indicaciones y sin ejercer, personalmente, una gran presión sobre De la Rúa.

Epílogo



Me he preguntado muchas veces si el final anticipado del gobierno de la Alianza se pudo haber evitado. Creo que las condiciones que debió enfrentar hubieran hecho difícil la gobernabilidad para cualquiera que haya estado al frente del Ejecutivo. No había disponible ninguna solución mágica y todas conllevaban grandes costos. La Argentina tenía una enorme necesidad de financiamiento en un momento en que los mercados se habían secado para los países emergentes y los precios de nuestra oferta exportable estaban deprimidos. Quizá durante el primer año de gobierno la combinación de la ayuda del FMI, disponible entonces, y un programa con incentivos a la producción podían haber cambiado el horizonte que se cernía sobre la Argentina. Sin embargo, la magnitud del déficit fiscal heredado del gobierno de Menem y la presión del FMI para adoptar un enfoque de ajuste fiscal puro, agotaron esa posibilidad cuando todavía podía salvarse la convertibilidad. Al mismo tiempo, los ajustes terminaron muy rápido con la viabilidad política y social de solicitar más sacrificios a la población.

Además, durante el año 2000 primó en la interna de la Alianza el criterio fiscalista. La renuncia de Chacho no sólo acentuó la debilidad del sector del Gobierno pro reactivación sino que también fue un impacto profundo en la fortaleza política de De la Rúa, que puso en duda la gobernabilidad de todo el proceso. En 2001 las restricciones a los paquetes de ayuda financiera impuestas por las nuevas autoridades republicanas

en los Estados Unidos, tornaron imposible evitar la cesación de pagos y la devaluación del peso.

Mucho se ha hablado de la personalidad de De la Rúa y su influencia negativa en la gestión del Gobierno. De la Rúa fue elegido en 1999 como el político ideal para conservar las conquistas de la convertibilidad —estabilidad, crecimiento, crédito— y subsanar sus falencias: desempleo, pobreza, distribución del ingreso. Pero también como contrafigura de Menem. A la corrupción del período menemista debía oponerse la honestidad del nuevo presidente; a la audacia transgresora del riojano la prudencia austera de De la Rúa; a la imprevisibilidad y las opiniones contradictorias de uno, la previsibilidad y coherencia del otro. Pero no bien asumió el gobierno el escenario fue el opuesto al previsto: el presidente elegido para conservar debía transformarse en un presidente para cambiar y gobernar una realidad fluida y compleja. Quizás hubiera sido un eficaz mandatario en el contexto imaginado originalmente, no sólo por los votantes sino por buena parte de la opinión pública. Pero nunca se pudo adaptar al complejo desafío que le tocó en suerte.

Sin embargo, la resolución de la crisis pudo y debió ser más ordenada. Se ha criticado con razón al gobierno de De la Rúa por no haber respondido al claro mensaje de las urnas en octubre de 2001. Pero también es cierto que aunque hubiera querido formar un gobierno de unidad nacional y consensuar una manera de poner fin a la convertibilidad y de distribuir las pérdidas equitativamente, no hubiera podido hacerlo. La oposición, haciendo un cálculo clásico de costos y beneficios, prefirió que el problema le estallara al Gobierno nacional para después intervenir con las manos libres y un mínimo de consenso social. Sin embargo, lo que estaba en juego entonces, era la fortaleza del sistema institucional que hubiera requerido de todos el respeto a políticas de Estado básicas.

En cambio, buena parte de la sociedad impulsó y festejó la caída de un Gobierno democrático como si hubiera sido una gesta revolucionaria contra un Gobierno dictatorial, comportamiento que demuestra una confusión de valores de la que todavía creo que no hemos salido. Es parte de un sentimiento

antipolítico que navega libremente por el cuerpo social, que me parece peligroso, porque debilita a quienes deben representar los intereses generales ante las corporaciones que por definición defienden intereses particulares. Por otro lado abre las puertas a la ley de la selva porque, guste o no, la política es la imagen opuesta a la barbarie del más fuerte, es la convivencia civilizada de todos los sectores sociales mediante la negociación y el acuerdo.

Lo contrario son los enfrentamientos fratricidas o las dictaduras que llegaban para imponer “la paz y el orden”. Afortunadamente, tanto ante la crisis que padeció el Gobierno de Raúl Alfonsín hacia el final de su mandato como la del Gobierno de la Alianza, hubo una alternativa política. Así lo entendieron todos, aun aquellos más atrapados en el “que se vayan todos”. Ante el abismo, se recupera la sensatez aunque tal vez no la confianza.

Quizás esta liviandad en juzgar la caída de un Gobierno democrático, en parte esté influida por nuevos desafíos que enfrentamos en este comienzo del siglo XXI. El ejercicio de la libertad de expresión y de petición, combinada con la instantaneidad que proponen las nuevas tecnologías de comunicación, pone en jaque la democracia representativa, tal como la conocemos hasta hoy. De hecho, la influencia de los medios masivos y el foro público en que se han transformado, el acceso ilimitado a la información, las encuestas de opinión diarias y públicas conforman diversos modos de democracia directa que cuestionan al viejo sistema político. Son nuevas condiciones que la sociedad y su sistema político deben procesar en un sentido positivo. Es probable que un régimen de tipo parlamentario, que permite corregir el rumbo en cualquier momento, se adaptara mejor a estas demandas que enfrentan nuestras sociedades. En cambio, el régimen presidencialista tiende a generar líderes providenciales, cuyas dificultades o limitaciones terminan generando un desengaño nihilista que se vuelve contra la política y las instituciones. En cualquier caso, mi opción es que las respuestas a estos dilemas deben darse con más libertad, política, compromiso y responsabilidad. Esto

supone menos poder concentrado, más fortaleza y calidad institucional.

La historia del Frepaso demostró que es posible construir en la Argentina una fuerza de centroizquierda democrática, capaz de representar a amplios sectores de la población y de disputar el poder. Las causas de su fragilidad institucional y de su doloroso fracaso en el gobierno, he tratado de exponerlas sin medias tintas en este libro. He descripto las circunstancias políticas y personales que han influido tanto en nuestro ascenso como en nuestra caída, según las entiendo y según las he vivido. Es un muestrario sincero de política real, no la imaginada o la utópica. Espero que sirva de experiencia y reflexión a todos aquellos que, con sus fortalezas y debilidades, persisten en seguir luchando por una Argentina mejor, más justa y más solidaria.